
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoewel, Prof. Lucia Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

- | | | |
|---------------------------|-----------|---|
| | 3 | Ser Cristianos Hoy |
| <i>Rino Fisichella</i> | 5 | El escándalo de la presencia cristiana |
| <i>Jörg Splett</i> | 17 | Los cristianos después de la
Modernidad y de las objeciones
Postmodernas a su Dios |
| <i>Adrienne von Speyr</i> | 43 | La santidad en la vida de cada día |
| <i>Godfried Danneels</i> | 55 | La liturgia cuarenta años después
del Concilio Vaticano II |
| <i>Joseph Ratzinger</i> | 79 | Las Catorce Encíclicas de Juan Pablo II |
| <i>Florian Pitschl</i> | 89 | El ser como semejanza de Dios |

EL ESCÁNDALO DE LA PRESENCIA CRISTIANA

*Rino Fisichella**

“Los cristianos viven en las ciudades tanto griegas como bárbaras, según a cada uno le haya tocado, adecuándose también en el vestido, en la comida y en el resto de su vida a las usanzas del lugar, testimonian un modo de vida social admirable y con reconocimiento de todos, paradójal”¹. El conocido texto de la *Carta a Diogneto* puede ser con derecho puesto como escenario para una reflexión que, por una parte, trata de comprender el aporte que somos llamados a llevar a la construcción de la *polis*; por otra parte, evidencia la peculiaridad de nuestro esfuerzo que a los ojos de muchos aparece como utópico a causa de su desconcertante simplicidad. Del texto emerge que el estilo de vida de los primeros cristianos era considerado “paradójal”. El término expresa del mejor modo y con coherencia la realidad. La vida del cristiano en el mundo ha estado caracterizada siempre por la paradoja; lleva consigo, en efecto, el “escándalo” de la cruz de la cual nace y la identidad de la Iglesia que permanece en el mundo como “paradoja y misterio”. Continúan entre nosotros con su carga de actualidad las palabras de H. de Lubac: “¡Qué paradoja en su realidad esta Iglesia contrastante en todos sus aspectos! ¡Cuántas irreductibles imágenes ofrece a la historia! ¡Cuántos cambios han sobrevenido en su comportamiento, cuántos desarrollos distintos, cuántos virajes, cuántas metamorfosis! Incluso hoy, no obstante las nuevas condiciones de un mundo que tiende

* Conferencia dictada por Mons. Rino Fisichella, Rector de la Pontificia Universidad Lateranense, en el Congreso que tuvo lugar en Milán con motivo de los treinta años de *Communio* el 9.5.02.

¹ *A Diogneto*, V, 4.

a la uniformidad, cuántas distancias, cuántos abismos, a veces en la mentalidad, en el modo de vivir y de pensar su fe entre las distintas comunidades cristianas de diversos países!... Sí, paradoja de la Iglesia. No es esto un vano juego retórico. Paradoja de una Iglesia hecha por una humanidad paradójica². Es necesario, por lo tanto, afinar la mirada con la reflexión para ser capaz de andar más allá de la excesiva superficialidad con la que se mira la presencia cristiana en el mundo, y de aceptar la novedad permanente de nuestra presencia en el mundo.

Si este es un desafío que somos llamados a acoger y bajo el cual mediremos en el futuro el empeño coherente que hayamos volcado en la construcción de la sociedad, considero que éste consiste en el *estilo de vida* que asumimos para testimoniar la elección de la fe. Es alrededor de nuestro estilo de vida, por lo tanto, donde se juega el futuro. En esto se percibe y mide la novedad de la fe cristiana y su posibilidad de victoria. Provenimos de un reciente contexto histórico que ha hecho de la secularización su propio caballo de batalla. El camino a través del cual deberíamos haber transformado el mundo, pareciera haber sido el de la independencia con respecto a Dios. El principio de la secularización retomaba y modificaba, como sabemos, el antiguo adagio iusnaturalista de Grotius: *etiamsi daremus non esse Deum*. La edad madura tan ansiada había sido alcanzada; después de todos los hijos, más o menos inteligentes de Kant y Hegel se trataba de seguir pasivamente la perspectiva del mundo y adecuar a éste el Evangelio. Trampa demasiado evidente en la cual no hubiéramos caído, de no haber sido seducidos por el brillo de las cadenas doradas del mundo. Hemos sido atraídos por la voz persuasiva y encantadora de las Sirenas, sin prevenirnos con la cera y hemos olvidado de encadenarnos como Ulises al árbol maestro de la navecita. Recriminar al pasado, sin embargo, no es sabio. Ninguno de nosotros está totalmente libre para no sentirse comprometido con ese pasado. Lo que nos queda es la conciencia crítica y hacer memoria para verificar hasta qué punto el futuro debe ser orientado de un modo distinto.

² H.de Lubac, *Paradosso e misterio della Chiesa*, Milano 1979, 1-2.

Sobre la mesa están aún hoy diferentes hipótesis y todas pueden fascinarnos. Ha llegado sin embargo para el creyente el momento de saber escoger el instante de gracia que se le ofrece y corresponder con inteligencia a los diversos síntomas que expresan el cambio de época. Vivimos un momento entre los más especiales de la historia de la humanidad. Nunca como en este escollo sabemos que el mundo está realmente cambiando. Los estudios acerca del conocimiento cada vez más profundos del misterio humano, de nuestra inteligencia natural y artificial, de la potencialidad escondida en el cerebro y del impacto de las nuevas tecnologías genéticas hacen que sea cada vez más denso el terreno de las discusiones y de los conflictos. Mientras el confín de la vida parece modificar la estabilidad poseída durante milenios, se yerguen de manera contradictoria visiones ideológicas (*Lebensanschauungen*) que pretenden imponer de manera absoluta y universal un principio que permanece como individual y limitado. Si se pierde el sentido del límite que es impuesto a cada uno, porque nadie va a pretender ser el patrón de la propia vida, se vivirá en la ilusión y cada día estaremos obligados, como nuevos Sísifos, a recomenzar siempre desde el principio con el peso de un fardo que se hace cada vez más pesado. En el plano de la salvación, sin embargo, el Señor nos ha puesto a nosotros, no a otros, para que asumamos la responsabilidad de lo que será el futuro. Corresponder a este desafío es signo de fe y requiere de parte nuestra un sano realismo.

1. El primer elemento que llevamos como determinante de la existencia personal y social es que el hombre está puesto siempre de cara a Dios. Quitada esta referencia se crea el espacio para la desproporción y no se comprende más ni el rol ni la misión que estamos convocados a desarrollar. Toda persona que quiera alcanzar la madurez de la propia identidad es llamada a influenciar, a dar luz a su propio lugar en el mundo y en el universo. Tenemos que volver a la provocación de Pascal: "Puesto que, en definitiva, ¿qué es el hombre en la naturaleza? Una nada frente al infinito, un todo frente a la nada; algo entre la nada y el todo"³. No podemos pensar en nuestro futuro sin impli-

³ B. Pascal, *Pensamientos*, 72.

car el pasado. Se ve cuánto se ha proyectado y se verifica cuán poco se ha hecho. La desproporción es tan grande que sólo una luz compasiva nos permite decir que no hemos fallado. Cada vez con más frecuencia se crean proyectos, olvidando valorar las experiencias vividas y el peligro de una nueva Babel no es solamente un riesgo lejano. El sentido de omnipotencia parece haber influenciado en no pocos, los cuales se atrincheran inmediatamente detrás del sofisma de la neutralidad de la ciencia en cuanto los primeros resultados muestran el límite que no se debía sobrepasar. ¿Hay o no un límite a la existencia personal desde el cual se reconozca si se pretende poner al hombre como medida de todas las cosas sin tener ya una relación que lo trascienda?

En un período de diálogo interreligioso como el que estamos viviendo, ¿no sería útil redescubrir una matriz común entre las diversas religiones? Por otra parte la memoria histórica que debería guiarnos conduce fácilmente a las lecciones de Tomás de Aquino en su *Summa contra Gentiles*. A pesar del título, Tomás lleva adelante con gran estilo, el diálogo que los cristianos solían llevar adelante en al menos tres frentes: con los ateos, con los hebreos y con los musulmanes. Los enunciados de este diálogo podrían tranquilamente utilizarse recíprocamente en las discusiones entre los distintos interlocutores de manera intercambiable, poniéndose de acuerdo todos de una vez.

La afirmación fundamental, que constituía el denominador común, era el principio de que el hombre no es Dios y que, al contrario, sólo en la relación con el absoluto puede definir su existencia⁴. La tentativa de marginación del hecho religioso a la sola esfera privada, a la que hoy asistimos, no ayuda a la construcción de una ciudad con rostro humano. Perdida la relación con Dios, no se comprende a fondo el respeto por el otro e incluso la naturaleza es relegada a un campo de experimentación arbitraria a la cual se accede con la fuerza del poder económico. La dignidad de la persona, el sentido de piedad frente al dolor y al sufrimiento, el temor frente a lo que sucederá y a lo incomprensible han acompañado siempre la historia de la humanidad puesta frente al misterio del absoluto.

⁴ Cfr. H. U. von Balthasar, *Dieu et l'homme d'aujourd'hui*, Bruges, 1958, 133.

El *Prometeo* de Esquilo, el *Edipo* de Sófocles, *Measure for Measure* de Shakespeare y *La peste* de Camus no hacen sino recorrer el camino de Job y muestran con evidencia la exigencia de que emerja la nostalgia de Dios en el corazón de cada hombre.

La búsqueda de espiritualidad y el renovado sentido de lo sagrado que nuestros contemporáneos desean, tienen la posibilidad de ser guiados positivamente hacia la realidad personal de la revelación de Jesucristo. Ponerse de cara a Dios equivale a hacer emerger en cada uno el sentido de las relaciones interpersonales; abre a una oración cargada de sentido y orienta a conductas valientes en la responsabilidad social.

2. La segunda determinación que caracteriza nuestra presencia en la ciudad es ser valientes en el aporte de la verdad. La *questio de veritate* no es un tratado filosófico de otros tiempos, sino la pregunta que acompaña el vivir cotidiano. Encerrados en una cultura que tiende a expresar sólo opiniones, se vuelve cada vez más arduo proponer y defender la unicidad de la verdad. Acusados de intolerancia porque fuertes en la pretensión de verdad del Evangelio, se hace pasar en silencio lo originalidad de fe cristiana que ve en el "respeto" el estilo de nuestra propuesta. La palabras del Apóstol Pedro, por otra parte, no dejan dudas en este tema: "Preparados siempre a dar respuesta a quien os pida razón de la esperanza que hay en vosotros. Esto, sin embargo, sea hecho con dulzura y respeto." (1Pe 3,15). La dulzura es la expresión de la vocación cristiana y el respeto es la capacidad de saber mirar con atención y en profundidad el camino que sigue cada uno.

La verdad de la cual somos ricos es un don que hemos recibido y pende sobre nosotros la obligación de la participación. Si menguara esta misión, nos volveríamos extraños para nosotros mismos, habríamos perdido el sabor (cfr. Mt 5,13) y nuestra presencia en el mundo se habría vuelto inútil. Seamos concientes de que la búsqueda de la verdad califica la existencia personal y permite reconocer un denominador calificado para el diálogo entre los pueblos. El concilio Vaticano II de manera explícita había ya expresado esta dimensión cuando, hablando de la conciencia, afirmaba que: "En la fidelidad a la

conciencia los cristianos se unen para buscar la verdad y para resolver según la verdad tantos problemas morales que surgen tanto en la vida personal como en la social”⁵. La comprensión que poseemos de la verdad, por lo tanto, está enraizada profundamente en el horizonte de la gratuidad y del don que Dios confía a todos los hombres. En razón de esto, nos hacemos promotores de un verdadero camino que habilite a cada uno en esta búsqueda, haciendo a cada hombre verdaderamente tal, pero solamente si está puesto en el horizonte de la verdad. Fuera de esta luz su existencia estará siempre sujeta a la duda, a la incertidumbre y, por lo tanto, incapaz de desarrollarse en un futuro que aporte sentido. Toda verdad, alcanzada del modo que sea, es para nosotros “siempre sólo una etapa hacia aquella verdad plena que se manifestará en la revelación última de Dios” (FR 2). La verdad, pues, es un camino que no tiene la duración de un momento, sino de la vida entera. Sólo en el cumplimiento escatológico ella será plena y duradera. Esta dimensión de la verdad tiene un carácter determinante y fundamental para los cristianos. No es sólo el don hecho de una vez para siempre en la persona de Jesucristo, sino un don que acompañará a la Iglesia hasta el cumplimiento de los tiempos. La verdad, entonces, es ciertamente una conquista que implica al hombre; sin embargo, no ha sido de una vez para siempre como si fuese una realidad estática y cerrada en sí misma. La verdad está siempre en tensión hacia el cumplimiento; el cansancio por su posesión es lo que más fascina porque converge en un camino comunitario del que nadie está excluido, pero que favorece a cada uno por la obtención del sentido definitivo de la propia existencia más allá del límite y la contradicción.

En este sentido, se entiende la verdad como primera consecuencia de ser puesto en presencia de Dios. Con palabras expresivas lo describe von Balthasar: “Ninguna creatura está sola delante de Dios. Sabe bien que otras creaturas como ella, cuyo misterio le está escondido, están reveladas y no escondidas delante de Dios junto con ella. Las creaturas están escondidas la una para la otra en su última verdad, pero todas juntas

⁵ *Gaudium et spes* 16; cfr *Fides et ratio*: “Esta misión convierte a la comunidad creyente en partícipe del esfuerzo común que la humanidad cumple para encontrar la verdad” (n. 2).

están reveladas delante de Dios. Por eso el lugar donde ellas están reveladas entre sí, la una para la otra, no es otro sino Dios. Como cada una de ellas posee su verdad entera delante de Dios, así también ellas poseen su común verdad en Él”⁶.

3. A partir de aquí se abre la tercera determinación de nuestro ser presente en la sociedad: la modalidad de la libertad que somos llamados a vivir. No sin preocupación vemos delinearse en el horizonte diversas expresiones de esclavitud que a la luz de los principios de la revolución francesa parecían extinguidos para siempre en nuestra sociedad. Vuelve con fuerza a nosotros el mandato del Apóstol: “no os dejéis imponer de nuevo el yugo de la esclavitud” (Gal 5,1); sucumbir a esta tentación equivale a destruir la fe en Jesucristo. El tema de la libertad está unido directamente con la “verdad del evangelio”; ceder en este aspecto o equivocar su significado, comportaría la traición de la novedad cristiana. No existió nunca, probablemente, en la historia del cristianismo una elección más dramática e incisiva como la de este aspecto. Si no se hubiera tomado en serio la condición de libertad de la ley mosaica, el cristianismo no hubiera mostrado su originalidad y peculiaridad en la confrontación⁷. La vida del cristiano es una llamada a la libertad; no, sin embargo, para llevar una existencia bajo la forma de libertinaje –como se equivocaron los antiguos– sino como una decisión de responsabilidad que compromete la existencia en un horizonte nuevo, el de la vida en la verdad y en la caridad según la acción del Espíritu. No podríamos pensar en la libertad prescindiendo de este binomio. Sacar del evangelio de Juan el versículo: “La verdad os hará libres” (Jn 8,32) equivaldría a amputar del Nuevo Testamento una de las afirmaciones más expresivas y fundamentales que han signado la historia de la humanidad en estos últimos dos mil años. A partir de aquí, se desata la diferencia entre el “evangelio” y la “filosofía”. Con esta convicción no se está más en presencia de una nueva búsqueda de la verdad ni de una conquista de la libertad; la esfera ética, por alta que pueda ser, no es en ningún caso la última ocasión a la que el hombre pueda tender. La visión cristiana pone la idea de libertad en dependencia del concepto de

⁶ H.U. von Balthasar, *Teologica I: Verità del mondo*, 270.

⁷ Cf. F. Mussner, *Commento alla lettera ai Galati*, 520.

donación y abre a una revolución en el orden de su definición conceptual.

La libertad de la que somos portadores no se queda en una conciencia ética, continúa en el orden *existencial* y *escatológico* y no podría ser vista de otra manera su ligazón con el concepto de verdad que, al identificarse con la persona de Jesucristo, propone su cumplimiento hacia el evento escatológico. La libertad es la fuerza *redentora* del hombre porque se explica en consonancia y participación con libertad misma de Dios⁸. Y, en la medida en la cual se “permanece” en esta vida se abren los espacios reales para una existencia de plena libertad. Libertad y vida, por lo tanto permanecen unidas de manera indisoluble, no obstante la presencia del mal, del límite y del pecado que constantemente dificultan esta fusión.

La visión cristiana expresa un cambio radical en la confrontación de la libertad. Ésta no es un elemento extrínseco de obediencia pasiva a la ley para garantizar una paz social siempre frágil; más bien es una característica esencial sin la cual no se dan ni humanidad ni fe. Esta comprensión de la libertad no es tanto una fragmentación de decisiones cuanto la capacidad de elegir y determinar la propia vida personal en su totalidad. Frente a una cultura que se debilita cada vez más en la fragmentación porque es incapaz de recuperar la unidad del saber, la libertad apunta hacia la globalidad de la existencia; esto es, la unidad de la propia vida encaminada hacia un ideal y provista de un sentido. Ahora, la persona se autocomprende como misterio, se define como tal y se realiza plenamente a la luz del misterio mayor que la engloba. Fuera del *misterio*, el hombre deviene un enigma incomprensible; inserto en él, en cambio, encuentra la posibilidad de “explicar” y “comprender” la propia existencia y los *misterios* que la acompañan⁹. El misterio que sabe dar respuesta no remite a otra existencia personal, pero impone el ver el acto superior de la libertad precisamente en el interior de la existencia de Jesús de Nazaret que deviene la última respuesta creíble para la realización personal de la propia

⁸ Cf. H.U. von Balthasar, *Teodramatica: Teologica I: Verita del mondo*, 111, 112.

⁹ *Gaudium et spes* nn. 10. 17-18.

libertad. En este horizonte toma cuerpo la famosa expresión del Concilio: “En realidad, solamente en el misterio del Verbo encarnado encuentra verdadera luz el misterio del hombre... precisamente revelando el misterio del Padre y de Su Amor, [Cristo] revela también plenamente el hombre al hombre y le muestra su altísima vocación” (GS n. 22)¹⁰. La libertad, es, pues, una llamada a la participación en la cual se desarrolla la existencia creyente que tiende a la realización de decisiones históricas y opciones fundamentales e introduce en el espacio de lo divino. Son muy significativas en este punto las palabras de Juan Pablo II: “Verdad y libertad o se conjugan juntas o juntas perecen miserablemente” (FR 90).

4. De aquí deriva, en este punto, el cuarto elemento que signa nuestra participación en la vida de la ciudad terrena, y es la asunción de la responsabilidad por el otro. En un período como el nuestro, densamente caracterizado por la cerrazón del individuo en sí mismo, sin posibilidad alguna de relación, y donde el delegar parece lo mejor bajo la forma directa de la participación, el llamado a la responsabilidad compromete a un testimonio que se haga cargo del hermano. La responsabilidad nace del concepto de libertad que hemos presentado y se nutre de la verdad que profesamos. Ésta es suscitada en nosotros porque se experimenta, en primer lugar, la responsabilidad de Dios frente a su creatura. Se podría releer en este contexto la expresión de Pablo: “Dios muestra su amor hacia nosotros, porque cuando éramos aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rm 5,8). La libertad de Dios de ofrecer a su propio Hijo como consecuencia última de su amor misericordioso, es el origen de la responsabilidad y la referencia para medir toda responsabilidad personal. En esta perspectiva se comprende el pensamiento de Pablo acerca de la imposibilidad para el creyente de erguirse como juez del hermano, olvidándose así de ser responsable de sí mismo: “Ninguno de nosotros, en efecto, vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo... pero tú ¿por qué juzgas a tu hermano? Y también tú, ¿por qué desprecias a tu hermano?... Dejemos pues de juzgarnos los unos a los otros” (Rm 14,7.10-11).

¹⁰ Para una explicación de la problemática del Vaticano II, cf. T. Gertler, *Jesus Christus die Antwort der Kirche auf die Frage nach dem Menschsein*, Leipzig 1986, 135-198.

Convertido ya en adulto y autónomo, privado de toda referencia hacia lo absoluto y plegado sobre sí mismo porque inserto en un narcisismo que no tiene parangón en la historia de la humanidad, ¿por qué se va a abrir a la responsabilidad en la confrontación con el otro y llevar el peso de una elección que compromete la propia existencia? Sin embargo, nunca como hoy adquiere sentido el principio de la responsabilidad¹¹. Éste se extiende sobre diversos planos: desde la existencia personal hasta la civil, política y religiosa. Lo que requiere un mayor compromiso, en todo caso, es la responsabilidad para enfrentar la vida *sic et simpliciter*. La vida es el verdadero objetivo de nuestra responsabilidad porque ella encierra la esencia de nuestro anuncio: “La vida se hizo visible y nosotros damos testimonio de ello” (1Jn 1,2). La responsabilidad por la vida lleva como consecuencia la asunción de la responsabilidad por la naturaleza, por el hombre, por el mundo...¹².

El problema se hace más urgente en el momento en que la técnica interviene para manifestar su dominio también en la confrontación de la existencia. De hecho, se ha hecho artífice de un progreso del que no se puede prescindir porque se ha convertido ella misma en principio de vida. Parece así que la técnica hubiera establecido su fin último justamente como dominio sobre la existencia personal. El cambio de paradigma, al final, se resuelve totalmente aquí: en el respeto-temor por la vida dominada por ella. Si la presencia del *nouminoso* impedía a nuestros predecesores dañar la naturaleza, el hombre contemporáneo pretende forzarla porque cree tener entre las manos el poder de la vida y de la muerte. La naturaleza, sin embargo, no permite que se la violente sin recolocar al hombre frente a sus propios límites inviolables. Parece, en una palabra, que deberíamos ser responsables de todo sobre lo que se ejercita el poder; sin embargo no puede ser así. La responsabilidad no se conjuga en primera instancia con el poder sino con el servicio. O se conjuga con la totalidad de la existencia o no puede tomarse como auténtica responsabilidad.

¹¹ Cf. el interesante ensayo de H. Jonas, *El principio responsabilidad*, Torino, 1990, 101-173.

¹² Juan Pablo II con *Evangelium vitae* no ha hecho otra cosa que guiar la atención de todos a este principio fundamental.

Continuando las reflexiones precedentes, podríamos arriesgarnos a afirmar que estamos llamados a la responsabilidad para proteger el contenido del misterio que encierra la vida. La persona, para usar una expresión de E. Mounier, permanecerá siempre con aquella nota de "no inventariable" que escapará siempre y en todas partes a cualquier clasificación¹³. Sólo en la medida en que se sea responsable por el mantenimiento del misterio de la persona se estará en situación de conservar íntegra su libertad y se comprenderá por qué cada hombre es respetado y sostenido por su elección de referir a Dios la propia existencia. Pero esto, precisamente, pertenece al misterio frente al cual todos deberían permanecer en una actitud de respeto que garantice su inviolabilidad.

Llegamos, así, a pronunciar la última palabra acerca de la cual creemos que tenemos competencia: *amor*. Cuando se vive en el mundo profesando la fe en Jesucristo muerto por amor y resucitado en el Padre por amor, aparece entonces el camino que debe recorrerse. Ella ata a un solo mandato que se vuelve la ley de la existencia. "Ni siquiera la libertad es superior al amor; en efecto, su cumplimiento consiste en ponerse libremente al servicio del amor y darse en el amor... Nada, en última instancia es más libre que el amor que se revela y da sin motivo y sería absurdo que una acción tan libre se redujera a las ataduras de las leyes formales¹⁴. El escándalo de nuestra presencia en el mundo es referido a la sacralidad del amor. En un contexto en el cual la banalización y depreciación del amor ha invalidado su sacralidad, es determinante que nuestro estilo de vida vuelva a proponer el carácter paradójico de nuestro testimonio. Para esto hemos sido llamados, una vez más, a volver la mirada hacia las nuevas formas de pobreza que afligen la humanidad. Por otra parte, ¿no es ésta nuestra historia? ¿No hemos sido llamados por la palabra del Señor a tener "una constante y obstinada predilección" por todo lo que el mundo rechaza como inútil y poco eficiente?¹⁵. El enfermo crónico, el

¹³ Cf. E. Mounier, *Ibidem*, 486; cf. L. Malusa, *Libertá e responsabilitá nel personalismo di E. Mounier*, en AAVV, *Libertá e responsabilitá*, Padova 1967, 99-115.

¹⁴ H. U. von Balthasar, *Teologica I: Verita del mondo*, 128-129.

¹⁵ Cf. H.U. von Balthasar, *L'impegno del cristiano nel mondo*, Milano, 1971, 57.

moribundo, el marginado, el discapacitado y todos cuantos experimenten a los ojos del mundo la falta de futuro y de esperanza encuentran el compromiso del cristiano. Tenemos ejemplos en nuestra historia que reclaman con fuerza la santidad de los hombres y mujeres que han hecho de este programa el inicio de una auténtica revolución cultural. Frente a esta santidad cae toda excusa posible; la utopía cede el paso a la credibilidad y la pasión por la verdad y la libertad encuentran una síntesis en el amor ofrecido sin pedir nada a cambio. Nuestro compromiso en el mundo, muchas veces signado por nuestra contradicción, pero leal, es lo que nos permite vivir la existencia de la fe en la fidelidad a nuestros orígenes en Jesús de Nazaret, a la espera del pleno cumplimiento de su palabra de salvación.